



Capítulo 484: Algo fuerte (Parte. II)

El silencio del bosque se hacía cada vez más sofocante, como si incluso el viento hubiera decidido detenerse para no perturbar lo que estaba por venir. Las altas hojas apenas se balanceaban, atrapadas en una inquietante quietud, mientras una tensión invisible se acumulaba alrededor del grupo.

Virgilio detuvo su marcha, de pie como una estatua en medio del sendero. El suelo crujío bajo el peso del movimiento mínimo y el sonido, aunque bajo, resonó como un tambor en medio del silencio morboso. Su mano no fue hacia Yamato, pero sus ojos fríos se entrecerraron y el aire a su alrededor pareció congelarse.

Giró ligeramente su rostro hacia Titania, que todavía estaba sobre su hombro, con sus pies ahora inmóviles y su cuerpo rígido.

"¿Qué tan fuerte?" Vergil preguntó con voz aguda, como si no fuera simplemente curioso, sino que exigiera precisión.

Titania tardó unos segundos en responder. Sus ojos vibraban como si reflejaran algo que sólo ella podía ver y su respiración era superficial.

"Todo lo que has matado hasta ahora en este bosque..." dijo con voz pequeña pero firme. "Incluso sumar todas esas criaturas no tendría el poder de lo que viene."

Las palabras pesaban como hierro fundido en el aire. Incluso Zuri, acostumbrado a convertir cualquier cosa en una broma, arqueó una ceja, enderezándose ligeramente contra el cuello de Virgilio.



"Eso es... preocupante," admitió, con los labios curvados en una sonrisa irónica, pero su voz tenía algo raro: un rastro de seriedad.

Virgilio, sin embargo, permaneció quieto, con los ojos fijos hacia adelante. Algo andaba mal y eso despertó un malestar que normalmente no sentía. Su presencia solía recoger distorsiones, fuerzas, incluso intenciones hostiles... pero ahora sólo había un vacío extraño.

"Curioso," murmuró suavemente. "No siento nada... solo una distorsión de la energía. Un espacio roto que viene hacia nosotros. Como si la esencia misma del lugar se estuviera desmoronando."

Esto provocó una expresión de sorpresa en Titania.

"Así que tú también lo sientes", dijo suavemente, casi como si se sintiera aliviada de no estar sola en esto. "Pero no es sólo distorsión, Virgilio. Esta fuerza es tan antigua, tan cargada de malicia, que es como si estuviera fusionada con el bosque. No lo sientes porque es el mismo aire que respiras ahora."

Más adelante, Vanny y Rize intercambiaron miradas y el contraste en sus personalidades se hizo evidente. Los ojos de Vanny brillaban como los de un niño a punto de recibir un regalo sangriento. Apretó los puños y se rompió los nudillos con una sonrisa salvaje.

"Finalmente," dijo, con la voz vibrando de pura emoción. "Se estaba volviendo aburrido. Quiero ver si esta cosa puede soportar mis golpes."

Rize, a su vez, sonrió con sorna y sus telarañas temblaban en sus dedos como las cuerdas de un instrumento a punto de tocar su primera nota.



"Algo lo suficientemente fuerte como para silenciar incluso la boca del hada...
Eso es prometedor."

Titania, irritada, se volvió hacia los dos.

"Sé tan idiota como quieras más tarde. Esto no se parece a nada que hayas visto antes. Un error podría costarnos la vida a todos."

Virgilio levantó una mano y el simple gesto hizo que ambos retrocedieran, no por miedo, sino por el peso de la orden en su presencia.

"Ustedes dos, de vuelta," dijo, con voz fría e inconfundible. "No te atrevas a pararte frente a esto. La bestia no es para ti."

Vany comenzó a protestar, pero la mirada de Vergil fue suficiente para hacerla apretar los dientes y, de mala gana, dar un paso atrás. Rize, más práctica, simplemente inclinó la cabeza con un gesto casi burlón, retrocediendo suavemente.

El silencio del bosque, antes simplemente inquietante, se volvió insopportable. Era como estar dentro de una catedral en ruinas, donde cada piedra respiraba y cada sombra observaba. Y luego llegó.

Un peso.

No sonido, no vista, sino presión. Como si el aire se hubiera convertido en un líquido denso y cada respiración se ahogará. Incluso el suelo temblaba, como si raíces profundamente enterradas intentaran encogerse ante lo que avanzaba.



Y finalmente, desde las sombras entre los árboles, se movió una presencia colosal. Lento, deliberado, cada paso resuena como el estruendo de un trueno apagado. Las hojas se rompieron, los troncos crujieron y los ojos emergieron primero.

Dos globos rojos como brasas brillantes, ardiendo en la oscuridad como antorchas del infierno. Allí no había humanidad, sólo salvajismo puro, crudo y demoníaco.

Y entonces todo el cuerpo se reveló.

Un tigre. Pero no cualquier tigre.

La bestia medía casi tres metros de alto desde una posición baja, con su cuerpo ancho y musculoso cubierto de un pelaje gris metálico que parecía absorber la luz del bosque. Las rayas negras eran tan profundas que parecían cortes, cicatrices grabadas en la carne del mundo. Cada movimiento de su respiración hacía palpititar sus músculos, cada fibra del animal parecía hecha de acero puro y vivo.

Los colmillos, largos y curvados, brillaban como hojas recién afiladas. De ellos goteaba saliva, cayendo al suelo y corroyendo el musgo como ácido. Las garras, afiladas como espadas, desgarraban la tierra con cada paso lento, dejando surcos profundos y humeantes como si la tierra misma rechazara su presencia.

Pero no era sólo su apariencia. Era su sensación.

La bestia llevaba un aura demoníaca tan intensa que parecía desbordarse como miasma. El aire que lo rodeaba vibraba, se distorsionaba, como si el mundo ya no pudiera soportar su peso. Había un olor a hierro quemado, a



huesos triturados, un hedor a sangre antigua que parecía provenir de épocas olvidadas.

Titania jadeó, con los ojos muy abiertos y su pequeño cuerpo temblando incluso ante la quietud calculada de Virgilio.

"Así que eso es todo..." murmuró, casi sin voz. "Una Bestia Demoníaca Superior... no, llamarla Superior es quedarse corto... Debe estar a la par de un Rey Demonio."

El tigre rugió.

No fue un sonido. Fue una ola.

El rugido atravesó el bosque como un trueno viviente, vibrando entre los árboles, el suelo, los huesos. Las hojas caían en cascada, las raíces temblaban e incluso el aire parecía romperse, dejando grietas invisibles en el espacio.



Vanny dio medio paso atrás, no por miedo, sino por pura reacción física al impacto sónico. Ella sonrió aún más y sus ojos parpadearon.

"Sí..." ella gruñó en respuesta. "Eso es lo que quería sentir."

Rize, jadeando suavemente, extendió la mano y sus redes ondearon frenéticamente, como si respondiera instintivamente al llamado de la monstruosidad.

"Virgilio..." murmuró Zuri, con su voz por primera vez libre de burlas, simplemente cargada de tensión. "Esta no es sólo una bestia fuerte. Este



monstruo... está emanando mucho rencor... las bestias demoníacas no muestran rencor."

Vergil no respondió de inmediato. Sus ojos se fijaron en la criatura, impasible, pero en el fondo la reconoció: no se trataba de una bestia más. Éste fue un desafío directo, una prueba marcada por el infierno mismo.

Dejó escapar un suspiro bajo, casi imperceptible, y alcanzó a Yamato, mientras el metal susurraba al salir de su funda.

"Está bien", dijo, frío pero firme. "Quédate detrás de mí. Yo me encargaré de esto... Realmente necesitaba entrenar."

